

LA NOVELA CINEMATOGRAFICA
DEL
HOGAR

30



BARBARA WEEKS
LOUISA DRESSER
STANLEY SMITH

EDICIONES BISTAGNE

**HERMANAS
DE LA FARANDULA**

**La Novela Cinematográfica
del Hogar**

Publicación semanal de películas selectas

DIRECTOR:

Año III Francisco-Mario Bistagne Núm. 109

Hermanas de la farándula

Delicioso asunto, interpretado por
Louise Dresser, Minna Gombell, Jobyna
Howland, William Collier, etc.

Es un film **FOX**

(Oro de ley de la pantalla)

Distribuido por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

POSTAL - REGALO: SHIRLEY GREY

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Prohibida la
reproducción

Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

HERMANAS DE LA FARÁNDULA

Argumento de la película

La señora Ramsey y su bella hija Norma se hallaban ya en el lujoso comedor, disponiéndose a desayunarse.

El mayordomo, de pie junto a ellas, procuraba atenderlas en sus menores detalles.

—La cena de anoche fué servida excelentemente, Jepson—le dijo la dueña de la casa con aire solemne y digno—. Tanto el señor Ramsey como yo deseamos que todo se haga con esmero y corrección.

El mayordomo se inclinó.

—Lord Chilton, a cuyo servicio estuve hasta hace poco, era igual.

—El señor Ramsey es sumamente escrupuloso.

La dama tuvo que interrumpirse al oír toser y sonarse desaforadamente en la habitación contigua. Se levantó y avanzó hacia ella. Su marido, cubierto con un batín, despeinado y con ojos soñolientos, se dirigía lentamente a tomar su café.

La señora Ramsey estuvo a punto de sufrir un serio berrinche. Su esposo con sus ordinarias costumbres la traía loca. Ella, en cambio, tenía la manía del gran mundo, quería ser y figurar, vivir con rango y distinción de princesa. Todo lo contrario de su marido, buen sujeto, infatigable trabajador, rico que amaba el hogar y las cosas sencillas y le molestaba aquel anhelo de afectación de que era víctima su mujer.

—Pero, ¿cómo te atreves a presentarse así? Sube otra vez a vestirme, animal...

—Esta es mi casa y quiero estar a mis anchas.

—En un chiquero es donde deberías estar.

Por no dar un escándalo, el señor Ramsey accedió a presentarse más decorosamente, y su esposa volvió a la mesa donde Norma, que había oído disgustada la pendencia, le aconsejó;

—Deberías dejar en paz a papá. Que haga lo que quiera.

—¡Imposible! ¿Qué sería de nosotras si le dejase en paz? Con sus costumbres tan plebeyas...

Llegó Ramsey, quien se sentó de malísimo humor a la mesa. Comía con buen apetito, pues los disgustos no se lo quitaban.

—Es preciso que se nos considere de la aristocracia—advirtió su mujer—. Y eso lo vamos a conseguir en seguida. Después del sábado, nuestra posición social estará asegurada.

—¿Por qué?—dijo el esposo comiendo a dos carrillos.

—Ya sabes que damos una gran fiesta a la que serán invitadas las familias más distinguidas de la ciudad. Sin duda vamos a aparecer en los ecos del gran mundo.

—¡Pamplinas! Ya sabes que me aburre el jolgorio...

—Eres un alma ordinaria.

—No transijo con las absurdas tonterías de esa amiga tuya, la señora de Tremaine. ¡Vamos! ¡Atreverse a hacer una obra teatral! ¡Será horrible!

—No la critiques. Es una buena literata, y además tiene gran influencia en la alta sociedad y nos consagrará en el mundo de la clase elevada.

—¡Sí... sí!... ¡Ya veremos!

Varias veces tuvo ella que advertir a su marido para que moderase el apetito, porque, ¿qué iba a decir el mayordomo? Pero Ramsey no hizo el menor caso y continuó comiendo tranquilamente.

De pronto dijo viendo que su hija Norma, bellísima muchacha de veinte abriles, se levantaba para salir:

—Parece que tienes mucha prisa, Norma.

—Es que me voy a jugar al golf, papá.

—¿Con quién juegas?

—Con varios amigos, entre ellos Warren Tremaine.

—¿Te gusta ese chico?

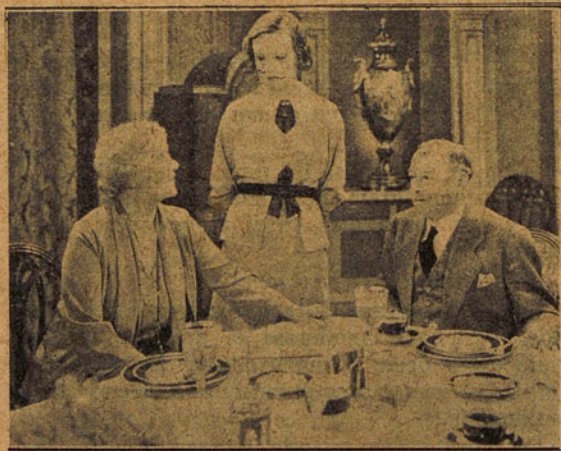
—Regular.

—Debes hacerle caso—intervino la madre con energía—. Es un gran partido. Un muchacho

muy rico. Creo que se dedica a la astrología.

—A mí me parece que es un solemne mentecato—dijo Ramsey—. ¿Y tú, Norma?

—No sé... Mi trato con él ha sido tan superficial...



—Debes hacerle caso. Es un gran partido.

Y la joven, haciendo una mueca indescifrable, besó a sus padres y salió.

La dama suspiró.

—¡Ojalá que Norma se case con Warren!... Sería nuestra consagración como gente aristocrática.

—¡Rayos y culebras!—protestó indignado el esposo.

Acercóse el mayordomo y mitad en serio, mitad irónicamente, contestó:

—No están en el menú, señor.

—¿Y qué importa? ¡Haga el favor de retirarse!

—¡Usted perdone!

Retiróse Jepson, y la dama se levantó furiosa.

—Me estás poniendo en ridículo ante mi servidumbre. Te estás volviendo imposible.

—Y tú también. ¡Demonio con tus deseos de figurar! ¡Siempre tu manía de grandezas, siempre querer rozarte con la aristocracia!... Es el colmo... ¿Es que acaso eres hija de un gran duque?

—¡Ramsey!

—¿Te acuerdas de este retrato?

Y le mostró una fotografía de la señora Ramsey, mucho más joven, vestida en traje de artista y con las piernas al aire.

—¡Haz el favor de ocultar eso!—dijo ella muy sofocada.

—Un día, si sigues poniéndote tonta, voy a decir a todo el mundo, para que escarmiente tu vanidad, que tú, antes de casarte conmigo, no eras otra que Cissie Black, la reina del "Bataclán".

—¡No, eso no, Ramsey!... ¡No seas cruel!... Si alguien conociera mi pasado, estaríamos arruinados socialmente... que nadie lo sepa nunca. Tampoco quiero que Norma sepa que su madre fué una bailarina de music-hall.

—Pues entonces, procura hacerme más grata la existencia.

—¡Debes hacerte cargo!... Es preciso que nuestra hija haga un buen casamiento. Sé razona-

ble, Ramsey. Y no olvides que en el te que doy esta noche, va a venir el embajador Leonard. Y que tienes que ir correctamente vestido.



...que tú, antes de casarte conmigo, no eres otra que Cissie Black...

—Yo me voy a jugar mi partidita de poker. Ya te arreglarás tú con tus invitados...

—¡Pero, Ramsey! ¿Qué dirá la gente?... Van a venir muchas actrices famosas.

—No me interesan.

—Interpretan a Shakespeare como pocas...

—¿Shakespeare?... Regresaré la semana que viene.

Y salió velozmente del comedor, dispuesto a no volver en todo el día... Ya que no había otro remedio, que su esposa hiciera lo que le diese

la gana, pero al menos que a él le dejaran en paz.

* * *

Por la tarde, a la hora del te, acudieron a casa de la señora Ramsey varias personas de la alta sociedad.

La señora Ramsey hacía los honores... Toda su vida había estado suspirando por poder relacionarse con el gran mundo, y sólo ahora, a causa de la amistad que en estos últimos tiempos había tenido con la señora Tremaine, viuda tan rica como chiflada, le era dable conseguir sus propósitos.

Entre otras personas elegantes, asistía al te, espléndidamente servido en los jardines de la casa, el embajador Leonard, diplomático jubilado, hombre que gustaba de los buenos manjares y que no se alteraba nunca.

La señora Tremaine había escrito una comedia absurda y risible y hasta entonces no había encontrado nadie que se la quisiera representar. Ella no conocía a ningún artista, no sabía a quién dirigirse. Su amistad con la señora Ramsey dejó a un lado todos aquellos inconvenientes. La antigua bailarina, que ocultaba piadosamente su pasado, se brindó a que la representación teatral se hiciese en su casa y ella misma se relacionó con un agente, quien le buscó la necesaria compañía de cómicos. Precisamente aquella misma tarde debía efectuarse el ensayo general.

La señora Ramsey, el embajador, la señora Tremaine y su hijo Warren, se hallaban en la

misma mesa tomando el te y hablando de la obra próxima a representarse.

Hablaba la autora de la confianza que tenía en el éxito de su comedia, éxito que su hijo desmentía con terminantes augurios.

Warren estaba todavía más chiflado que su madre, padeciendo la manía de que todas las cosas del mundo pasan por la influencia de los astros.

—Estoy seguro de que fracasarás, mamá... Hoy, según los planetas, es un día aciago. No creas que puedas desafiar lo que ellos dicen.

—Ya me están cargando los planetas.

—Estás bajo la influencia de Júpiter y Saturno... Y el primero descargará sus rayos contra ti...

—Pues yo, señora Tremaine, estoy en contra de la opinión de su hijo. Creo que su obra obtendrá una acogida rotunda — dijo la señora Ramsey.

—Rotundamente desfavorable, no lo dude — indicó Warren.

—¿Quieres callar de una vez? Mejor sería que fueses a ver a las muchachas, a la misma Norma.

—¡Oh! ¡Norma está siempre pensando en usted! — mintió la madre.

—¡Pues no lo demuestra! Hoy no quiso jugar conmigo al golf. ¡Me dió un chasquito!... Por eso digo que hoy es un día aciago.

—No sea usted pesimista.

Warren se alejó lentamente repitiendo sus palabras de maniático:

—Nadie se libra de la influencia astrológica... Planetas, ¿cuál será mi destino?... Marte... Venus...

Y miró a una muchacha que estaba conversando con unas señoras... Y repitió:

—¡Venus! ¡Venus!

Y la joven, sintiéndose aludida y creyendo en un piropo gentil, se inclinó amablemente:

—¡Muchas gracias!

Warren, nervioso, prosiguió su camino mirando al cielo en espera de que anoheciera para ver las estrellas que eran las conductoras de los hilos de la vida...

Mientras tanto, Norma se hallaba en una de las salas de la casa en íntimo coloquio con Jack, uno de los cómicos contratados para la representación y novio clandestino de Norma hacía ya tiempo.

—Tendremos que quedarnos un rato aquí.

El la besó apasionadamente y la dijo:

—A tu lado estoy bien en cualquier lugar.

—¡Si mamá se enterase de que estoy enamorada de un cómico!...

—¿Lo estás mucho?

—Con toda mi alma. Y celebro que casualmente hayas sido tú quien venga a representar.

—No tan casualmente, querida mía... Cuando supe que el agente teatral buscaba en nombre de tu madre unos cuantos cómicos me ofrecí en el acto. Pero, óyeme, Norma adorada, ¿por qué no nos casamos ahora mismo?

Norma hizo un gesto de melancolía.

—¡No puede ser! Sería un golpe terrible para mamá... No anhela otra cosa que verme casada con un joven de la alta sociedad neoyorquina.

—¡Te quiero tanto!

Se oyeron voces, y ella le aconsejó suavemente:

—¡Por favor, ten paciencia!... Hablemos del número que vas a cantar.

Aparecieron dos mujeres extremadamente pintadas. La una era de edad parecida a la de la



—¡Te quiero tanto!

señora Ramsey; la otra algo más joven... Poco después llegaron varios caballeros vestidos con cierta ridiculez...

Todos eran cómicos y venían para efectuar la representación. Jack los presentó a Norma y ésta salió al jardín para ir a advertir a su madre que habían llegado los artistas.

La señora Ramsey se dirigió inmediatamente hacia la casa, mientras Norma tenía que aguantar la intolerable presencia de Warren que seguía hablando de cuestiones astrológicas y aburriendo a cada momento más a la pobrecita mujer.

Cuando la dueña de la casa llegó ante los cómicos, le aguardaba una gran sorpresa. Una de las artistas, la señora de parecida edad a la suya, adelantóse hacia ella con los brazos abiertos.

—¡Tú! ¡Cissie! ¡Qué maravillosa casualidad!

—¡Quennie!

Permanecieron un momento abrazadas, pero la señora Ramsey, reponiéndose inmediatamente de su turbación, se separó de ella y dijo a los otros artistas que las miraban con extrañeza:

—Quennie y yo habíamos sido muy amigas... Celebro mucho volverla a ver.

—Oye, Cissie, recuerdo que...

La señora Ramsey le hizo una seña para que callase y después de decir que pronto comenzaría el ensayo, salió en compañía de Quennie.

Fueron a una contigua salita y Quennie volvió a mirar de nuevo con gran alborozo a su amiga:

—¡Vaya con Cissie! ¿Quién tenía que decirlo? ¡Convertida en una dama de la alta sociedad! No has cambiado en nada, mujer... Sólo tienes las caderas un poco más pronunciadas.

—Envejezco... Fíjate qué arrugas... Pero, quiero pedirte un favor, Quennie... No menciones nunca mi pasado.

—¿Te avergüenza?

—No. No es ningún mal grave el que haya una aparecido en "maillot" en el escenario. Pe-

ro mi vida ha cambiado completamente... Desde que me casé, no he vuelto a pisar un escenario... Mi hija no sabe siquiera que yo he sido cómica... Te agradecería el mayor silencio.

—Descuida. El secreto quedará sepultado en mi pecho... Nadie sabrá nada. Pero estoy muy contenta de haberte vuelto a ver, de representar en tu casa. ¡Con qué lujo vives, chica!

—No creas que todo sea felicidad. Mi marido es insoportable. Le molesta la alta sociedad, que, en cambio, a mí me encanta. Con la fiesta que vamos a dar en breve se me abrirán las puertas de la aristocracia.

—Yo te ayudaré en lo que pueda... Ya sabes que eres como mi hermana de farándula.

—¡Gracias, gracias!

Bebieron unas copitas y después fueron a reunirse con los demás cómicos.

Había entrado en los salones la señora Tremaine, célebre autora de la comedia simbólica, que andaba muy atareada de un lado a otro, distribuyendo los papeles y disponiéndolo todo para que el ensayo resultase excelente.

La señora Ramsey estaba bastante excitada, y Norma había logrado apartarse de Warren para reunirse con Jack, con quien sostenía animada conversación.

Poco después, procedente del Casino, llegó el buen Ramsey, enfurecido al ver que su casa estaba convertida en la sucursal de un teatro... Procurando no ser visto por nadie y asqueado de los ridículos trajes y túnicas que se habían puesto ahora aquellos cómicos para ensayar, corrió a ocultarse en su despacho, no queriendo aparecer para nada; lamentando que su mujer

gustara de espectáculos tan risibles, nada más que por satisfacer una vanidad insólita.

Warren iba de un lado a otro de los artistas, preguntándoles la fecha de su nacimiento y prediciendo su porvenir, según el signo del Zodíaco en que estaban colocados.

Entre las artistas figuraba una mujer llamada Rosa, rubia oxigenada, que pasaba ya de los cuarenta, pero que gracias a los potingues y secretos del tocador, prolongaba misteriosamente su juventud.

Por fin dió comienzo el ensayo general de una obra de género perfectamente idiota.

La señora Tremaine, grotesca poetisa, de imaginación calenturienta y desvariada, había forjado una especie de drama simbólico sin pizca de gracia y cargado de discursos insoportables.

Intervenían en él personajes como la Paz, la Prosperidad y la Bolsa de los Valores, que eran derrotados por el Espíritu de la Depresión. Pero a última hora, tras interminables disquisiciones en que se cantaban himnos al sentido pacifista del mundo y se combatía implacablemente, pero con la pesadez de un discurso doctrinario, toda ansia de guerra, figuraba llegar la Liga de las Naciones y la Deuda Norteamericana simbolizadas respectivamente por Quennie y Rosa, vestidas ambas de blanco, que con su intervención lograban que el Espíritu depresivo y catastrófico desapareciera para que las otras hermosas deidades, Paz, Prosperidad y Bolsa, volviesen a reinar a sus anchas en un mundo que volvía a ser feliz.

La señora Tremaine recibió insinceras felicitaciones de los invitados entre ellos la del embajador Leonard, espíritu bonachón, que todo

lo encontraba bien. La señora Ramsey, por convenirle estar bien con la autora, le dió la más cumplida enhorabuena, aunque en el fondo de su alma tuvo la seguridad de que la Tremaine no alcanzaría la inmortalidad.

Warren felicitó irónicamente a su madre, pero le repitió que su obra no pasaría a la posteridad, ya que los planetas, bajo cuya influencia ella se hallaba, le negaban por completo su apoyo.

Norma no se movió del lado de Jack, que había representado en la obra el papel de la Bolsa de los Valores y a quien molestaba formidablemente tan ridícula pieza teatral.

* * *

Rosa no había reconocido al principio a la dueña de la casa. Pero más tarde, fijándose en ella, cuando la dama servía a todos los invitados y cómicos unas copas de champaña, recordó de pronto de quién se trataba. Y aprovechando un instante en que la señora Ramsey salió a otra salita, ella corrió a su encuentro.

—¿Pero no eres tú, Cissie?

La dama se estremeció, y mirando a Rosa, a quien acababa de reconocer como una de las artistas de la compañía del "Bataclán", de que ella, años antes, había formado parte, pero con la que había tenido poca relación, todo lo contrario, de Quennie, que había sido para ella como una hermana, le dijo serenamente:

—Sí, la misma. Y tú eres Rosa... Rosa La Mar, ¿verdad?

—¡Exacto!... ¿Quién iba a suponer encontrar-te aquí? Al principio no estaba segura de que fueses tú... pero luego me he ido fijando... y ya no me cabe la menor duda.

—¡Hace tantos años que no nos veíamos!... Me casé. Ya has visto qué hija tengo. ¡Es ya toda una mujer!

—Te conservas tan guapa como antes.

—No lo creas. Los años pesan... Tú sí que parece hayas conservado el secreto de una eterna juventud. ¿Cómo te lo haces?

—Pues, sencillamente, juntándome siempre con personas jóvenes. Y mi masajista se cuida de mi esbeltez.

—Eres admirable, Rosa. Pero te ruego una cosa. Que no divulgues mi pasado. Lo mismo le he recomendado a Quennie. Sería terrible para mí que alguien averiguara mi vida.

—Descuida, que nada he de decir.

Salió la señora Ramsey, ya tranquilizada, aunque lamentando en el fondo de su alma haber encontrado a aquellas dos amigas que le recordaban otros tiempos que ella hubiera querido hacer desaparecer de toda memoria.

Iba también Rosa a volver a los salones donde aun estaban reunidos los invitados y los artistas, cuando vió aparecer al señor Ramsey, quien, aburrido y cansado de esperar en su despacho, recorría la casa para enterarse si se había ya terminado la fiesta.

Los dos lanzaron un pequeño grito de sorpresa al verse, pues el señor Ramsey había conocido, antes de casarse, a Rosa y había sido buen amigo de ella, aunque en el sentido estricto de la palabra, sin que nunca hubiese desviado su amistad hacia interpretaciones amorosas.

—¡Rosa! ¡Tú!

—¡Ramsey! ¡Qué alegría! ¿De modo que fuiste tú quien se casó con Cissie?... Yo me marché de la Compañía antes de que se casase mi amiga, y no volví a saber nunca de vosotros dos.

—¡Sí, Rosa, sí!... Estoy muy contento de verte a ver... ¡Y qué guapa estás! ¡Déjame que te dé un abrazo!

Se abrazaron cariñosamente como buenos amigos, pero apareció de nuevo la señora Ramsey y les sorprendió en aquella comprometedor escenita.

—¿Qué significa eso?—protestó, indignada.

Aturdido, Ramsey y Rosa intentaron disculparse.

—No te enfades, Cissie... Rosa y yo nos conocíamos de antiguo... No hemos sido más que buenos amigos, y la alegría de vernos al cabo de tantos años ha provocado en nosotros ese abrazo.

—¡Parece imposible! ¿Y tú eres quien no querías bajar, Ramsey?—dijo Cissie.

—Acabo de regresar hace poco... Vuelvo a prometerte que no nos unía a Rosa y a mí más que una simple amistad.

—Cree a tu marido, Cissie. Es la verdad. No te preocupes. Jamás ha sido mi especialidad la de dedicarme a los hombres casados.

Apareció en aquel instante Quennie, y Rosa la tomó por testigo para que dijese si no era cierto que antiguamente se conocían con Ramsey y cómo no les unía más que un sentimiento amoroso.

Quennie corroboró aquellas afirmaciones, y como conocía, aunque de un modo superficial,

a Ramsey, hizo de éste un gran elogio, rogando a Cissie no tomara las cosas a mal.

Y Cissie, conmovida al fin por aquellas manifestaciones y no teniendo, por otra parte, nada que decir en cuanto al terreno amoroso contra su marido, acabó perdonando a éste, pero amañándole cariñosamente, le dijo:

—¡Está bien!... Te perdono... pero cuando tengas ganas de abrazar a alguien, abrázame a mí.

—Comprendido.

—Y ahora ven conmigo a los salones. Todavía no has hablado con la señora Tremaine ni con el embajador.

—Te regalo una y otro. No quiero saber nada de ellos.

—No conoces las reglas de la cortesía.

Oyó voces, creyó percibir el tono chillón de la señora Tremaine y el bronco del embajador, y temerosa de que la viéran en palique con las cómicas, salió precipitadamente, mientras Ramsey se sentaba en un diván y se llevaba las manos a la cabeza.

—¿Vosotras creéis que soy feliz? ¡Pues os equivocáis de medio a medio!

—Pues Cissie es una gran mujer y tienes una hija maravillosamente bonita—dijo Rosa.

—Todo lo que queráis... pero ese delirio de figurar me vuelve loco... Y Cissie no vive más que para relacionarse con el gran mundo. Y el sábado va a reunir aquí a toda la alta sociedad para que oiga las sandeces de esa comedia escrita por la Tremaine.

—¡Cuidado que es mala! ¡Si el público no es muy benévolo, pobres de nosotras!

—El público aplaudirá de todas maneras. Cis-

sie dará la fiesta porque se ha empeñado en casar a mi hija Norma con un idiota.

—¿Es acaso el de la astrología? A nosotros nos dijo que habíamos nacido bajo el signo de Taurus. Y yo le contesté: pues Taurus, con tu pan te lo comas—dijo Quennie.

—Si mi mujer sigue de esa manera, me divorciaré... Yo me casé con ella por lo que era... no por lo que quiere ser.

Rosa le interrumpió, y dijo de pronto:

—Todo tiene arreglo en este mundo. Se me ocurre una idea. ¿Quieres que hagamos algo para que nunca más incurra en sus manías de querer pertenecer a la aristocracia, la pongamos en ridículo ante ese mundo y no le queden ganas de volver a él, y vuelva a ser lo que tú quieres que sea: la mujer sencilla, amorosa, de hogar, que era antes?...

—¿Podrías tú hacer algo de eso, Rosa?

—Con la ayuda de Quennie, ¿por qué no?

—Yo estoy a tu disposición. También me sabe muy mal ver a mi amiguita Cissie esclava de tantos caprichos—dijo la aludida.

—Pues oídme...

Y la traviesa Rosa les expuso un plan que ellos aceptaron encantados y con la seguridad absoluta de que con él lograrían curar para siempre a Cissie de su manía de formar parte de la aristocracia...

La fiesta se terminó a la hora de cenar... Todo el mundo quedó invitado para el sábado, en que se celebraría la función benéfica que la señora Tremaine dedicaba a beneficio de los gatos y perros, de cuya sociedad protectora era la presidenta, ya que siempre le había gustado formar parte de sociedades de animales...

Marchó la señora Tremaine en compañía de su hijo Warren, que se pasó la reunión haciendo augurios sobre los signos bajo los cuales habían nacido cada uno de los invitados.

Jack se despidió cariñosamente de Norma.

—¿Me prometes no olvidarme?

—Prometido.

—¿Por nada del mundo?

—Por nada.

—Aunque yo no sea más que un cómico...

—Aunque fueses un mendigo, mi amor te convertiría a mis ojos en poderoso.

Y le estrechó las manos a tiempo que la llegada súbita de la señora Ramsey obligaba a la joven a abandonar precipitadamente el recibidor.

* * *

La noche del sábado se abrieron los grandes salones de los Ramsey, con una iluminación extraordinaria y suntuosa. Se había montado en el fondo de las diversas estancias que se comunicaban entre sí, un improvisado escenario donde actuarían diferentes atracciones. Se pagaba una pequeña entrada a beneficio de la sociedad protectora de animales.

Lo más aristocrático, lo más selecto de la ciudad asistió a la fiesta, ocupando mesitas en las que se servían refrescos. Una de las mesas estaba ocupada por la señora Ramsey, su marido, la señora Tremaine y el embajador Leonard.

La señora Ramsey estaba sumamente complacida al ver que su esposo, contra lo que había

estado creyendo hasta entonces, se había decidido a asistir a la reunión. Así quería ella a los hombres, finos y comprensivos. Y Ramsey sonreía con una sonrisita burlona que parecía decir: "Ya verás lo que es bueno".

Norma ocupaba otra mesita con unas amigas, pero pronto se alejó, dirigiéndose al escenario, donde estuvo hablando con Jack, que antes de comenzar la representación de la obra de la señora Tremaine debía cantar unas cuantas canciones.

Dió principio la fiesta. Tres muchachas de la alta sociedad que se habían brindado a exhibirse, cantaron con bastante gracia e intención unos cuplés amorosos.

Después de un pequeño descanso, se levantó de nuevo el telón y aparecieron en escena seis grandes zapatos de seda, de cuyo interior surgieron seis muchachas, bellas como soles.

Las chiquillas, pertenecientes también al gran mundo, danzaron unos bellos bailes, y se fueron quitando sucesivamente otros zapatos que llevaban calzados hasta quedar únicamente con los últimos, pequeñitos y breves como sus piecillos de españolas.

El número de música, muy agradable y atractivo, obtuvo un éxito, y a continuación salió al escenario Jack, quien cantó una canción de amor, mientras sus ojos miraban casi siempre hacia bastidores, donde estaba Norma, a quien dedicaba las más intencionadas estrofas:

Sin tú no puede haber felicidad, niña mía.

El mundo principia y termina contigo.

Obtuvo un triunfo rotundo. Salió repetidas veces a saludar... Cuando definitivamente abandonó la escena, Norma, entre bastidores, no pudo

contenerse, y sin fijarse en la extrañeza que en los demás cómicos causaba su actitud dió un rotundo beso al hombre que era todo su amor.

—Norma, ¿te ha gustado?

—¿Qué no me va a gustar de ti?

—Pues es preciso que te decidas de una vez... Que te cases inmediatamente conmigo.

—Hay que esperar aún, Jack. Ya llegará nuestro gran día.

—¡Esperar! Yo ya no puedo esperar más. Sería un suplicio para mí renunciar a tu cariño...

El le besó la mano y se fué a su habitación para cambiarse de traje para la representación de la obra de la señora Tremaine.

El hijo de ésta, Warren, rondaba entre bastidores, y Norma se alejó prudentemente, no queriendo que aquel torpe muchacho la cogiera por su cuenta y le amargase la noche con sus estúpidas filosofías.

Iba a comenzar la representación de la comedia de la señora Tremaine. La señora Ramsey de pie ante su mesa, dirigió la palabra a la concurrencia, haciendo un gran elogio de la autora insigne.

Los invitados rompieron en aplausos y la señora Tremaine, muy emocionada, saludó, creyéndose digna del premio Nobel.

Levantóse el telón... Y el ridículo engendro creado por la imaginación de la señora Tremaine fué recibido en silencio, pero interiormente era objeto de las más grandes burlas.

Apareció en escena la Paz con una blanca paloma sobre la cabeza. palomita que tuvo la mala ocurrencia de aflojar sus líquidos intestinos sobre la frente de la artista, provocando

con ello el primero y jocoso incidente de la fiesta.

Fueron después apareciendo la Bolsa, la Prosperidad, la Depresión, artistas que apenas sabían sus papeles. El traspunte había perdido el libro de la obra, y los cómicos no llegaban a oír al apuntador, que se esforzaba casi inútilmente para comunicarles lo que debían decir... Los incidentes eran nutridos, y los invitados sonreían, con una sonrisa mezcla de indignación y de lástima.

La señora Tremaine lamentaba aquellos pequeños entorpecimientos, pero iluminada por una especie de inspiración, creía que estaban realizando maravillas.

De pronto aparecieron en escena Rosa y Quennie, las artistas que debían representar los papeles serios de la Liga de Naciones y la Deuda Norteamericana. Y en vez de presentarse, como estaba acordado, con blancas túnicas y el pecho cruzado por una amplia cinta de color azul... aparecieron de un modo inesperado que causó sensación indescriptible.

Iban casi desnudas, con grandes pelucas rubias, bailando descaradamente como artistas de music-hall. Y cantaron canciones pícaras, danzaron con movimientos exagerados de rumba, como si se encontrasen en el "Bataclán", y produjeron con sus actitudes un escándalo formidable.

La señora Tremaine estaba horrorizada y hacía vehementes gestos al escenario para que aquella pareja de baile dejase de actuar. Pero no le hacían caso, y los demás artistas, extrañados ante el insólito comportamiento de sus compañeras, se habían retirado a un rincón, y

la función iba resultando una alegoría báquica de todo lo alegre y placentero de la tierra.

También la señora Ramsey mostraba una indignación profunda, mientras su marido, simulando un vehemente enfado, tenía que esforzarse por no romper en estruendosos aplausos ante tan admirables colaboradores.

Rosa y Quennie, como si se encontrasen en el "Bataclán" y aun en plena función de jolgorio, extremaban sus movimientos, sus voces, sus alegres cantos, convirtiendo la severa fiesta en una alegre hora de music-hall.

Las damas invitadas, enfurecidas por lo que consideraban una burla innoble, algo que atacaba su pudor y su dignidad, fueron abandonando los salones, jurando no volver a poner los pies en la casa de la señora Ramsey, donde espectáculos tan indecorosos se presentaban, pero con el consiguiente disgusto de sus maridos, que allí se encontraban perfectamente...

La señora Tremaine se hallaba furiosa. Su hijo Warren fué a su encuentro y le dijo:

—Ya te dije que iba a pasar algo. Eran los planetas... y éstos no mienten nunca.

Levantóse la señora Ramsey y dió orden de que se bajase el telón, y así se hizo precipitadamente. Y ella, en compañía de su marido, que no podía ocultar su entusiasmo ante el desfile general de toda la aristocracia que seguramente no volvería a tratar con Cissie, se dirigió al escenario, donde, aun locas de alegría y aturridas por su propio acto, estaban bailando las dos cómicas.

—¿A qué se debe semejante vulgaridad? Lo que habéis hecho vosotras es indigno—rugió Cissie.

—Nada, chica, queríamos simplemente animar la función—dijo Rosa.

—¡Desvergonzada!

—¿De qué te quejas? ¿No habías salido así, al fin y al cabo tú misma en el "Bataclán"?

—Eso eran otros tiempos.

—Pero para nosotras, no...

Se había acercado la señora Tremaine, pálida de indignación, exaltada como nunca.

La autora había oído la anterior conversación y mirando con desprecio a la Ramsey, le dijo:

—¡Ah, parece que ustedes se conocen bien! Conque usted es una... artista como ellas, ¿eh? ¡Qué asco! ¡Y yo que creía estar en casa de una persona digna!

—¡Poquito a poco con lo que se dice, señora!—le interrumpió Ramsey, furioso.

Apareció Norma, que no podía comprender la actitud de aquellas artistas.

—Pero ¿qué ha ocurrido aquí?

—Eso pregúnteselo usted a su señora madre—dijo la Tremaine, con malicia—. Ella ha sido artista de music-hall.

Norma palideció.

—¡No ose pretender que mi madre no es tan buena como usted y hasta mejor!

—¿Su madre? Una artista de cabaret que se presentó desnuda en los escenarios. Jamás se casará usted con mi hijo.

El señor Ramsey la contempló indignado.

—¿Su hijo? ¡Es mi hija la que no se casaría con él por nada del mundo!

—¿Por qué?

—Porque es sencillamente un idiota.

Warren se había acercado a ellos y a punto estuvo de agredir al señor Ramsey.

—¡Vámonos de aquí! ¡Hemos terminado para siempre!...—gritó la autora—. ¡No te manches con el contacto de esa gente soez!

—¡Sí, salgamos! Están bajo la maldición de los astros—dijo Warren.

Madre e hijo salieron precipitadamente, mientras la señora Ramsey y Norma se abrazaban.

—Mamá, ¿es posible que tú hayas sido artista de cabaret?

—¡Sí, ella lo ha sido!—dijo Ramsey—. Pero es tan honrada como la más virtuosa mujer. Por algo es mi esposa.

—¡Mamá!

La llenó de besos, mientras la señora Ramsey, que creía estar bajo los efectos de un tóxico, reaccionó de pronto.

—¡Pero todo eso ha sido horrible! ¿Qué van a decir de mí? ¿Qué escándalo! El embajador Leonard... todos. ¡Estoy deshonrada... y tenéis la culpa vosotras, todas vosotras—agregó mirando a Rosa y a Quennie—. Y tú, ¿de qué te ríes, Ramsey? ¿Es que estabas también acaso en la combinación? ¡Oh, seguramente! ¿Me estás engañando con Rosa? ¡Es intolerable! Yo también me marché para siempre de esta casa.

—¿Quieres tener la bondad de no ponerte así. Cissie? Ya te dije antes que Rosa y yo no hemos sido más que buenos amigos... No te empeñes en buscar tres pies al gato—le dijo el marido.

—Pero, y lo de esta noche, ¿queréis decirme qué finalidad tenía?

Ramsey hizo callar a Quennie y a Rosa, que pretendían contárselo, y le dijo:

—Lo hice expresamente para quitarte el delirio de la alta sociedad y para que pudiéramos

volver a ser felices. ¿Qué necesidad tienes de pasarte el día en ese otro mundo que de todos modos te desprecia porque nunca serás su igual? Nosotros, a nuestra clase; ellos, a la suya.

Cissie lloraba, vencida por aquellas palabras. Norma se le acercó y le dijo cariñosamente:



—Papá tiene razón. ¿Para qué querer tanta grandeza?

—Papá tiene razón. ¿Para qué querer tanta grandeza? ¿No somos felices en nuestra esfera? ¿Por qué buscar otra superior?

—¡Ah! Yo más que nada lo siento por ti, porque todo lo hacía para que tú encontraras un buen partido, como, por ejemplo, ese Warren. Pero ya no puede ser... Su madre me ha insultado y...

—No te preocupes. No le quiero. No le puedo querer. Ya tengo elegido el hombre que ha de ser mi esposo. Un cómico, un gran artista: Jack...

Este se hallaba en un rincón y, llamado por su novia, se acercó al grupo.

El señor Ramsey le felicitó efusivamente, asegurando que le daba desde luego su consentimiento, y la esposa, vencida también por aquellos razonamientos, accedió igualmente a que se celebrase el matrimonio... Jack no era más que un artista... pero, al fin y al cabo, también ella lo había sido.

Apareció el embajador Leonard, y cuando todos esperaban que el diplomático les expresase su disgusto por lo ocurrido, oyeron cómo éste les decía muy campechano y afectuoso:

—La fiesta ha sido deliciosa. Y lo que me ha gustado más ha sido el número de esas dos artistas. ¡Bien por ellas! Ya me dirán ustedes dónde trabajan, para volverlas a ver...

Rosa y Quennie le rodearon agradecidas, y la señora Ramsey acabó olvidando todos aquellos desagradables incidentes para pensar en que por primera vez desde hacía bastante tiempo, veía a su marido muy alegre y a su hija feliz y cariñosa.

—¿Qué opinan ustedes de unos emparedados y un poco de cerveza?—dijo Ramsey.

—¡Magnífico!

—¡Pues a la cocina todo el mundo!

Y Cissie, su marido, las dos cómicas y el embajador, en grupo afectuoso y amable, se dirigieron a la cocina. Norma y Jack prefirieron permanecer en los desiertos salones para soñar

en su amor que ya no conocía obstáculos, y que pronto iba a ser una venturosa realidad.

Y en la cocina, el señor Ramsey llamó al mayordomo Jepson y le ordenó:

—Somos cinco... Cerveza para veinte.

Se bebió y comió abundantemente. La señora Ramsey se mostró completamente curada de su delirio de grandezas.

—Esta noche aprendí una gran lección... Se acabaron ya las pretensiones... ¡Y a olvidarlas para siempre!



Y la fiesta se prolongó hasta el amanecer...

Y la fiesta se prolongó hasta el amanecer, y el señor Ramsey fué feliz como en sus primeros

días de matrimonio al ver que su esposa estaba completamente limpia de su chifladura de aristocracia y que en lo sucesivo viviría sólo para su hogar, llevando una vida modesta y sencilla de la que no estaría, sin embargo, excluida la alegría franca y generosa.

F I N

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16.-Madrid: Evaristo San Miguel, 11

La Novela Cinematográfica del Hogar

Números publicados:

1. Puertas cerradas · 2. Madre pecadora · 3. Estrella simbólica · 4. La losa del pasado · 5. La mujer de Satanás. 6. Jimmy, el misterioso · 7. Nueva mujer, nueva vida. 8. Amanecer · 9. Tras la cortina · 10. Los misterios de Londres. (La divina pecadora) · 11. En la vieja Arizona · 12. Honrarás a tu madre · 13. Nobleza baturra · 14. Su majestad El Amor · 15. Amor siniestro · 16. Eugenia Grandet · 17. Ana contra el mundo · 18. La hermana blanca · 19. De mujer a mujer · 20. Mujeres frívolas · 21. No me olvides · 22. El caballero del amor · 23. Estrellas fugaces · 24. Tobillos de oro. 25. En nombre de la amistad · 26. El prisionero de Zenda. 27. Sendas fracconeras · 28. El príncipe Stravos · 29. Fútbol, amor y toros · 30. Hombres peligrosos · 31. Sed de cariño · 32. Luna de miel · 33. Shari (la hechicera oriental). 34. El príncipe de los diamantes · 35. Una mujer en Wall Street · 36. Las tres hermanas · 37. Cara o cruz · 38. La calle del azar · 39. La batalla de París · 40. Malas compañías · 41. El conquistador · 42. La caza del millón · 43. El enemigo silencioso · 44. El príncipe X · 45. Canción gitana. 46. ¿Quién disparó? · 47. El capitán Tormenta · 48. Arco Iris · 49. Estrellas del «Edén» · 50. Siete días con licencia. 51. ¡Que hombre tan guapo! · 52. Bataclán · 53. La santa amistad · 54. Dramas del circo · 55. El reporter del diablo. 56. Vértigo del tango · 57. La noche es nuestra · 58. El premio de belleza · 59. ¡Siempre alerta! · 60. El misterio de Villa Elena · 61. El testamento Nodelkof · 62. Oro y sangre. 63. Ingenuidad peligrosa · 64. La locura del oro · 65. Hermanas frívolas · 66. Estrellas de Occidente · 67. ¡Desamparado. 68. Un plato a la americana · 69. La casa de la flecha · 70. El defensor · 71. Jóvenes pecadores · 72. Esposas de médicos · 73. Su hombre · 74. ¡Vaya mujeres! · 75. Todo por el aire · 76. Flor de pasión · 77. Por un par de pilamas. 78. Pobre tenorio · 79. Música de becos · 80. El otro yo. 81. El camello negro · 82. A toda marcha · 83. Me voy a París · 84. Gordas y flacas · 85. Estaré sola a media noche. 86. El hijo pródigo · 87. La aventurera · 88. Tres muchachas francesas · 89. El temerario · 90. Mi padre es un fresco. 91. Ternura · 92. Rascacielos · 93. Un provinciano en París. 94. Diosas de Montmartre · 95. La huerfanita · 96. El centauro · 97. Cuatro estudiantes · 98. Luz de Montana · 99. La riada · 100. El puñal malayo · 101. El trío fantástico · 102. El salto decisivo · 103. Su gran noche · 104. Embajador sin cartera 105. Hazte rico pronto · 106. Aristócratas del crimen · 107. El hijo adoptivo

Los números van acompañados de una artística postal-bicolor

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA
